

Las joyas de Isabel la Católica

Había terminado la lucha heroica de la Reconquista y Granada era cristiana. Sobre los alminares brillaba la Cruz; y las heladas brisas de las Alpujarras hacían temblar en las murallas grandiosas el arrogante pendón de las torres y los castillos. La Alhambra, ese alcázar que parece labrado por los genios, afiligranado por las hadas y decorado por fantásticas sultanas, se miraba naturalmente en el espejo de plata del Genil, cuyas ondas parecían repetir los suspiros del rey vencido y esotear en bulliciosa comitiva las lágrimas de las húrfidas para enterrarias en las playas.

La corte había vuelto á Santa Fe después de recibir las llaves de la ciudad rendida. Ocupábbase en reorganizar lo que la guerra había descompuesto y en preparar el regreso del ejército y de los monarcas á sus tierras de Castilla y Aragón y al palacio de Barcelona.

Entretanto, la vida de campamento seguía haciendo en Santa Fe, ciudad que había surgido en el emplazamiento de las tiendas de campaña mientras duró el asedio de Granada. Allí estaba la corte, una corte de soldados, cada uno de los cuales había grabado su nombre con letras de oro en el libro de la historia. Algunas damas acompañaban á la reina; preñadas magnates y guerreros formaban la comitiva del rey aragonés.

Pero no había que buscar allí el fausto aparatoso de que los Austrias y los Borbones más tarde se rodearon. Era una corte de familiars y sin mayores preámbulos el monje y el soldado, el alcabalero y el oidor, la anciana menesterosa y el luglar picarescos podían llegar á la presencia de los monarcas.

El día que ocurrió la entrevista que describimos, en la cámara de la reina estaban don Fernando el Católico, la marquesa de Moya doña Beatriz de Bobadilla, el arzobispo de Sevilla fray Diego de Deza, el prior de la Ribaduña fray Juan Pérez de Marchena, el licenciado Alonso de Quintanilla, contador mayor de Castilla y el secretario de Aragón, Luis de Santángel.

—Qué pensáis, mi esposo, de la expedición de ese buen genovés, que con tanta insistencia nos instaba para que le ayudásemos á buscar el camino de las Indias. —Piensos, señora, que si nuestras arcas hubieran estado menos vacías, tal vez me hubiera tentado el deseo de costear la empresa que pedía; pero puesto que tal no es mi deber, hay que acatar los designios de la Providencia.

—Pero tantas gentes que no conocen el Evangelio! Esos indios que viven en Espanya y Catay, tal vez por nuestra culpa no podrán abrir los ojos á la luz de la fe. —Qué opináis, arzobispo de Sevilla?

—Entiendo, señora, sin que esto implique censura, que los intereses de la religión imponen á los reyes la obligación de hacer los mayores sacrificios para extender el dominio de la Cruz. Vuestras Altas han merecido bien de la cristiandad por haber arrojado á los mahometanos de su baharte, y su obra será sublime si se convirtiesen esos millones de indios.

—Decidme, licenciado Quintanilla, ¿no hay recursos disponibles para esta empresa?

—Señora, lealmente debo declarar que el

tesoro de Castilla está exhausto. Y como buen cristiano y leal súbdito, duéleme no cooperar á la gloriosa empresa de Colón.

—Pues bien—dijo la reina, poniéndose nerviosamente de pie.—Uno de mis correos que salga inmediatamente al alcance del genovés y que le haga regresar. Tendrá lo que desea, será admirante y virrey. Y "vos, mi amado esposo, no expongáis el tesoro de vuestro reino aragonés. Yo tomaré esta empresa á cargo de mi corona de Castilla, y cuando esto no alcancase, empeñaré mis alhajas para ocurrir á sus gastos".

Y por el sublime arranque de la reina Isabel, quedó en aquel momento acordado que todo un inmenso continente al surgir entre las azules ondas del Atlántico recibiría de España la cultura cristiana.

El último, el más irresistible argumento de la reina católica fué sacrificar lo que más adora toda dama, hasta una mujer tan santa y tan humilde en su grandeza co-



Eugenio P. Miraballes, encargado de compras para "La Perla Negra", en Europa, actualmente en París

mo sin duda lo fué Isabel I de Castilla.

Es obra, pues, de alto merecimiento social la de dar á la mujer lo que más codicia, lo que llegado el caso sacrifica por su amante, por su marido, por sus hijos, por cualquiera de los grandes afectos.

Esas joyas hoy adornan el cuerpo de una hermosa y mañana tal vez están llamadas á ser el joyel más preciado de su alma.

La dama que acude á LA PERLA NEGRA, Avenida de Mayo, 729, allí encuentra la más rica y artística alhaja; el esposo, el amante no encontrará en parte alguna riñas tan preciosas que ofrecer á su adorada como en LA PERLA NEGRA; lo que en otra parte cuesta diez, aquí cuesta cinco, por ser casa introductora que vende al por menor con todas las economías y ventajas consignantes.

Comprad allí las alhajas; proporcionaréis á las personas amadas ratos de indefinible satisfacción y adquiriendo cosas buenas y á mitad de precio, como os las ofrece LA PERLA NEGRA, constituiréis un capital de reserva que os permitirá un día tal vez comenzar una nueva etapa de vuestra vida, como las joyas de Isabel la Católica abrieron una época en la historia de la Humanidad.